

El aseo

Fruto de los nervios, abrí la puerta con rapidez.

Y así, con la intensidad de lo súbito, quedó grabada en mis pupilas aquella imagen que nunca podré olvidar.

Pasaba los veranos en la casona familiar de Asturias. Veranos de ajetreo, de cariño, de nubes y de salitre. Nos juntábamos unas veinticinco o treinta personas, de distintas generaciones, en aquel palacete de gruesas paredes de piedra y crujientes suelos de madera.

Los más jóvenes jugábamos con frecuencia al escondite correteando por la casa. Recuerdo, vivamente, los nervios por esconderse y el ansia por encontrar. Ubicar el escondrijo perfecto era lo que todos perseguíamos; la más importante de las aspiraciones en aquellos veranos de pubertad.

En ocasiones anteriores ya me había escondido, con éxito, en aquel estrechísimo aseo. Situado bajo unas enormes escaleras de piedra, tenía un techo inclinado que dificultaba cualquier movimiento. Era un aseo tan poco utilizado que todos nos olvidábamos de su existencia. Y qué mejor lugar para esconderse que aquel que no existe en el recuerdo de los demás.

La tía Julia siempre fue una persona distinta, estrambótica. No solía prodigarse por los eventos familiares, y solo en contadas ocasiones visitaba la casona veraniega, más por necesidad que por generosidad. Leía mucho, hablaba idiomas y reía con mucha fuerza.

Yo era un chaval que solo se enteraba de lo poco de lo que se enteraba un chaval. Pero siempre fui consciente de los susurros que giraban en torno a la tía Julia. Mis padres, mis otros tíos y mis abuelos hablaban mucho de ella, de forma acalorada en ocasiones, y se callaban rápidamente cuando los niños aparecíamos en escena.

Ese día, fruto de los nervios, abrí la puerta con rapidez y ahí estaba ella. La tía Julia. Como Dios la trajo al mundo.

La adrenalina por esconderme me impidió identificarla de inmediato. A esa edad no había tenido ocasión de ver mujeres desnudas más allá de las pocas revistas guarras que, como tesoros, nos intercambiábamos entre primos. La impresión no vino tanto por el hecho de ver, por primera vez al natural, a una mujer desnuda, como por el hecho de observar, con mis propios ojos, la vida desprenderse poco a poco de unas carnes convertidas en despojo.

Su piel era grisácea, aunque más que piel era un simple pellejo que recubría un conjunto de huesos picudos. Tenía mucho vello, o más del que yo había visto en las revistas cochinas. Vello en las piernas, en las axilas y sobre todo ahí, en ese lugar al que insistentemente se dirigían mis ojos. Sus muñecas eran tan delgadas como sus antebrazos y casi también como sus tobillos; y sus pantorrillas; y sus muslos. Parecía una muñeca raquítica hecha de un molde con una única medida de grosor. Sus pies eran largos y huesudos, al igual que sus manos. El pellejo que en algún momento debió recubrir sus nalgas colgaba inerte, rendido. Lo mismo sucedía con los que algún día debieron ser sus pechos, ahora simples colgajos apoyados con resignación sobre sus costillas. Y cuantas costillas. Podría haberlas contado todas, una a

una, en lo que habría sido una lección magistral de anatomía. Llevaba, como siempre, su pelo muy gris cortado como un chico y esas gafas gruesas de pasta negra que nunca se quitaba.

De primeras no se dio cuenta de mi presencia, ensimismada en la importante tarea que la ocupaba. Ella se encontraba de pie, frente al minúsculo lavabo de ese minúsculo aseo. Se miraba en el espejo, también minúsculo, ligeramente ladeada, intentando captar el reflejo de uno de sus amagos de nalga. Tenía los ojos entreabiertos y una mueca de sonrisa le adornaba la cara. En el lavabo reposaba una cuchara sopera que contenía restos de una sustancia líquida marrón. Seguía sin percatarse de mí. Emitía leves gruñidos de esfuerzo cuando intentaba girar sobre si misma más de lo que su demacrado cuerpo la permitía.

En uno de esos intentos se enfrentó a la puerta y me vio. Nos vimos. Y nos miramos. Yo miré sus ojos oscuros incrustados en esas cuencas insondables. Ella me miró de forma punzante, parpadeó muy lentamente, agudizó la leve sonrisa que ya lucía y siguió a lo suyo, como si mi existencia en ese lugar, en ese instante, tan solo fuese fruto de su imaginación.

Lejos de cerrar la puerta y marcharme corriendo, me quedé inmóvil bajo el quicio, absorto en esa imagen que desbordaba tanto horror como ternura. No podía apartar mis ojos de ella, de esos huesos frágiles, del pellejo grisáceo que los cubría, de ese pubis tan frondoso o de esos ojos insondables.

Con las idas y venidas a un lado y al otro de su cuerpo, por fin logró pellizcar con sus dedos esqueléticos un trozo ligeramente carnoso de su nalga derecha. Con la mano izquierda palpó el lavabo hasta encontrar la jeringuilla en la que yo aún no había reparado. Con la misma lentitud con la que había parpadeado al mirarme, acercó la jeringuilla a ese pellizco de carne que agarraba como un perro de presa. La aguja, brillante, entró en contacto con la piel y penetró en esa débil capa de tela humana. Entraba más; y más; y más. Debió tocar hueso -o así lo imaginé yo- cuando dejó de clavar la aguja y empezó a bombear el émbolo, suavemente, dejando que entrase algo de sangre, que se fusionase con el líquido marrón y que saliese disparada hacia el abismo de su cuerpo grisáceo. De nuevo bombeó, dejando entrar más sangre y al rato invitándola otra vez a salir. Y así lo repitió una tercera y última vez.

Permaneció totalmente inmóvil. No recuerdo si fueron segundos o minutos. No recuerdo si musitó algo o tan siquiera si había dejado de respirar. Tan solo recuerdo esa lenta mirada de complicidad que compartió conmigo, sin pudor, desnuda, como diciendo “esto es lo que hay, chaval”.

Mi tía Julia, en ese aseo minúsculo, esculpiendo en mis pupilas aquella imagen que nunca podré olvidar.